

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

En Yucatán el progreso vino de Francia.

García Sandoval y Ivett Magali.

Cita:

García Sandoval y Ivett Magali (2013). *En Yucatán el progreso vino de Francia. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/198>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

**XIV Jornadas
Interescuelas/Departamentos de Historia
2 al 5 de octubre de 2013**

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 23

Título de la Mesa Temática: *"...y el resto del mundo" Reflejos y reflexiones, transiciones, transacciones e intercambios entre Europa y el mundo hispano-americano. Siglos XVI-XXI.*

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: Marcela Isabel Lucci
Mariano Eloy Rodríguez Otero
Martínez Nespral, Fernando Luis

TÍTULO DE LA PONENCIA

EN YUCATÁN EL PROGRESO VINO DE FRANCIA

Ivett Magali García Sandoval
Universidad Autónoma de Campeche
ivettga@yahoo.com

En la ciudad moderna, expresión y receptáculo de la producción en serie del capitalismo, la necesidad primordial fue ordenar y separar, principio fundamental para el funcionamiento de la manufactura. La salud, pensada como la no enfermedad, fue convirtiéndose en una exigencia, era necesario detener las epidemias que diezaban la población; Los descensos abruptos en el número de obreros no eran compatibles con la organización fabril, circunstancia que dio paso al empoderamiento del discurso médico, no solo como sanador, sino como eje del ordenamiento urbano, habitacional y conductor de la hábitos privados, convirtiéndolo en omnipresente.

Esta forma de percibir el espacio y la convivencia social, pasó de la fábrica a la calle. A lo largo de los siglos XVIII y XIX la búsqueda de soluciones, que permitieran dotar al espacio urbano de funcionalidad y eficiencia, generó gran variedad de tratados y debates. Cada elemento del mobiliario e inmobiliario urbano debía ser específicamente útil de acuerdo con su ubicación, esto era difícil de conseguir dentro del molde que imponía el núcleo urbano tradicional. Algunos espacios podían ser reacondicionados pero otros debían ser edificados, en la medida de lo posible fuera de la traza antigua.

Las principales corrientes internacionales al respecto emanaban de Francia e Inglaterra, sabemos que los henequeneros yucatecos, y los arquitectos que construían sus haciendas, no eran ajenos a estas ideas. En las fincas de construcción más tardía, podemos percibir la aplicación de estos principios; la proximidad de los espacios destinados a la vivienda, el trabajo y el culto, o la ubicación estratégica de los pozos para el abasto de agua son un buen ejemplo de lo anterior.

Si el norte había sido elegido por la clase alta como nuevo lugar habitable, ya fuera en su residencia permanente en el Paseo Montejo, o en su casa de campo de la vecina Itzimná. El occidente, más allá del barrio de Santiago, fue seleccionado para construir ahí, el hospital O'Horan, el asilo Ayala y la penitenciaría Juárez, edificaciones destinadas a contener las anomalías sociales: la enfermedad, la locura y la criminalidad. Satisfaciendo así la imperiosa necesidad de la Mérida moderna por expulsar de su interior, todo lo que rompiera esa normalidad burguesa, que con tanto ahínco sus élites perseguían.

Las modificaciones de las ciudades periféricas como Mérida, si bien no fueron consecuencia directa de la industrialización, si lo fueron del surgimiento de la sociedad burguesa, a la que las élites yucatecas se sumaron, con todas las particularidades que el entorno y su desarrollo histórico les confirieron. Lo que explica que emprendieran las obras, que pensaban necesarias para convertir a Mérida, en una ciudad moderna. Con tal

fin adoptaron junto con los modelos arquitectónicos, las formas de organización social. De manera que cuando iniciaron los proyectos para la construcción del Hospital O'Horán y del asilo Ayala, se integraron juntas directivas que además de supervisar el proyecto, debían recaudar fondos, aun así, la mayor aportación provino del gobierno estatal. Esta fue una práctica común en las ciudades de la época, prácticamente todas las obras de beneficencia y mejora urbana estaban a cargo de un comité, en el que además de los benefactores, participaban expertos en la materia: médicos, abogados, maestros, etcétera, según la naturaleza de la obra.

El Hospital O'Horán

El treinta de diciembre de 1772, las llamas consumieron el Hotel-Dieu, un establecimiento asistencial en París, que funcionaba acorde al modelo tradicional mezclando las funciones médicas y de asilo. El incendio dio lugar a un intenso debate, sobre la función hospitalaria y su funcionamiento, en el que se concentraron ideas como el higienismo, la enfermedad, la asistencia y el espacio urbano. La primera conclusión, fue la necesidad de separar las funciones, el hospital se constituyó como un espacio solamente médico, por ende requería un diseño arquitectónico que le permitiera cumplir este cometido ajustándose a los principios básicos del discurso clínico de la época.

Tras analizar varios proyectos la Académie Royale des Sciences formuló una propuesta propia “que consistía en la división de la atención hospitalaria de París entre cuatro edificios diferentes – Con una capacidad de 1200 enfermos cada uno– situado en sendos extremos de la ciudad.” (Bonastra, 2008, 166) Para los edificios se consideró adecuado el modelo de pabellones, que consiste en la disposición de los edificios en líneas paralelas, creando unidades prácticamente independientes, con pasillos para la comunicación y tránsito lo que permite compartir servicios y espacios altamente especializados. “La propuesta de la Academia propiciaba la descentralización y el alejamiento de las salas entre sí, separando a los enfermos por enfermedades y buscando el máximo de luz y ventilación.” (Brandariz, 2005, 2)

El proyecto yucateco para el nuevo hospital, seguía los mismos principios, al igual que los motivos que se esgrimían para su construcción, relacionados con las condiciones en las que operaba el antiguo hospital.

Los departamentos oscuros y húmedos, sin ventilación y sin luz amontonaban un ambiente de tristeza en aquel asilo de dolor. Los diversos servicios no tenían una distribución conveniente y había peligro de contraer por

contagio otras enfermedades. El espíritu fuerte de los hombres sanos que penetraban en el tétrico recinto conventual, se conturbaba y sobrecogía de pavor (Novelo, 1907, 417)

Si bien el autor busca resaltar la importancia del cambio impulsado por Molina, la descripción anterior, repite lo dicho por la prensa local. Estas descripciones dantescas de los antiguos hospitales fueron comunes en la segunda mitad del siglo XIX, lo mismo en las ciudades que podían construir nuevos hospitales, como en aquellas que debían conformarse con adecuar el existente, como en el caso de Campeche.

En contraste el nuevo hospital es luminoso, cuenta con la ventilación adecuada, aéreas especializados, de acuerdo con sus contemporáneos, no había nada en ellos que no contribuyera al pronto restablecimiento de los ahí internados. La enfermedad había dejado de ser una condición desafortunada a convertirse en una anomalía que la más de las veces podía ser remediada.

En consecuencia el hospital se transformó de un recinto de sufrimiento en un lugar de curación, no contiene más la enfermedad sino que la enfrenta, tal como afirma el Dr. Urcelay en el discurso inaugural.

“El nuevo hospital es general, es decir, de Medicina y Cirugía, para ambos sexos, con apartado para contagiosos, incluyendo a los tuberculosos, y dispuesto de tal manera, que los enfermos pueden recibir en él asistencia eficaz para curarse, sin que su permanencia en el Hospital los exponga a adquirir nuevas enfermedades y sin que de un modo se disminuya la resistencia vital de los aislados, beneficiándose estos, de manera tal, de los variados recursos que abriga el establecimiento, que su curación resulte lo más rápida y radical posible.” (Albúm, 1907)

Son varios los procesos a nivel local y global que se entrecruzan en el surgimiento de los hospitales modernos, por una parte la consolidación del Estado benefactor, la idea de la salud pública como su obligación, y la profesionalización de la medicina, “si la intervención de los médicos ha sido tan capital en esta época, se debe a que estaba exigida por todo un conjunto de problemas políticos y económicos nuevos: la importancia de los hechos de población.” (Foucault, 1980, 3)

Los médicos ocupan un lugar destacado en este nuevo orden, diseñan los proyectos científicos sobre los que los ingenieros deberán trazar los edificios en el caso de Mérida esta función recayó sobre Luis F. Urcelay quien en la convocatoria para

recibir proyectos lanzada por la junta del hospital, prácticamente estipuló todos los detalles de la planta arquitectónica.

“El tipo del Hospital será el fragmentado, compuesto de Pabellones de un solo piso, reunidos por una galería cubierta para resguardarse del sol y de la lluvia; (...) Los pabellones, que exigen toda la atención e los constructores, porque en ellos se especializa más la arquitectura de hospitales y es donde más ha adelantado la higiene. Deben hacerse elevados para que sean secos y estén al abrigo de los miasmas del suelo. (...) La forma de los pabellones debe ser rectangular, pero suprimiendo los ángulos en el interior de las salas.” (*Recuerdo*, 1906)

A través de estas especificaciones llenas de motivos médicos, distancias, volúmenes de aire, el Dr. Urcelay estaba describiendo el modelo de hospital que había adoptado Francia, unas décadas antes y que para entonces se había difundido y adaptado a las condiciones específicas de cada lugar.

En el caso yucateco, el edificio final construido por los ingenieros Echegaray y Lattine, fue necesario suprimir del proyecto las construcciones que no eran “verdaderamente indispensables” para ajustarse al presupuesto. El resultado final fue muy cercano a lo que contemplaba la convocatoria.

Si comparamos el plano del Hospital O'Horan con el de Poyet de 1788, podemos ver la similitud de la planta, ambas ordenadas en pabellones múltiples que se articulan por pasillos de comunicación, áreas separadas para hombres y mujeres, edificios de servicios centralizados. Por otra parte existen diferencias notables, que muestran una evolución en la planta pabellonal, se conservan elementos como la simetría, si bien en el O'Horan esta se rompe debido a que las instalaciones para mujeres son menores que las de los hombres, pero podemos apreciar algunos cambios y adaptaciones, el hospital yucateco cuenta con un doble eje a partir del cual se articula cada sección, hombres y mujeres, el área de aislamiento se encuentra separada en un espacio diferenciado, a mayor distancia que el resto de los pabellones, se utilizan los cuatro flancos del perímetro para los servicios si bien los edificios son más pequeños.

Los edificios combinan el estilo neoclásico con las necesidades que dicta la higiene, en un decorado bastante sobrio, con escasa decoración, ventanas alargadas y simétricas, para la ventilación de acuerdo a las reglas del higienismo, los edificios de la administración situados a orilla de calle, cuentan con pequeños pórticos decorados con frontón y columnas de capitel toscano, una pequeña cornisa que rodea el edificio se mantiene como elemento decorativo constante en los diferentes pabellones, los cuales

presentan ligeras variaciones según el uso específico al que estén destinados. La galería de comunicación cuenta con una techumbre de zinc, soportada por delgadas columnas de hierro.

A pesar de las expectativas que había generado, en su primer año de funcionamiento el hospital presentaba deficiencias, algunas provenientes de la construcción como los problemas con las cañerías y los techos que goteaban, otras relativas a cuestiones prácticas que no se habían considerado, por ejemplo que el sol no calentara el pabellón destinados a los enfermos de fiebre amarilla. Un aspecto que aparece una y otra vez mencionado y que resalta en planos, la separación entre hombres y mujeres no quedó del todo resuelta, pues a pesar de que las “faltas a la moralidad” eran castigadas severamente, en opinión de la junta de beneficencia pública era necesario que el gobierno hiciera las adecuaciones necesarias para “la separación más completa entre el departamento de hombres y de mujeres, porque la vigilancia que deben ejercer los empleados para mantener el orden, no puede efectuarse eficazmente, tal como están actualmente divididos durante la noche.” (*Informe*, 1907, 24)

Conforme el discurso médico fue cambiando, la clasificación y separación de los enfermos fue haciéndose cada vez más complicada, el funcionamiento de pabellones aislados mostró que era poco práctico para el día a día, entre otras cosas el tránsito por los pasillos era muy poco confortable en los tiempos de intenso calor y brindaba poca protección frente a las torrenciales lluvias inclinadas del verano peninsular. Sin embargo para los yucatecos de principios de siglo XX, el conjunto formado por el Hospital y el asilo Ayala, mostraba su actualización, capacidad económica y caridad. Tal como lo expreso Luis Rosado en el poema que leyó en la ceremonia inaugural.

“Pero no me importa, nó, más elocuentes
Son estas piedras que, en grandiosa escala,
Al golpe del cincel se han transformado
En recios muros que, á través del tiempo,
Gritarán á los hombres de mañana:
¡Aquí de Yucatán vive la gloria”. (*Inauguración*, 1906, 5)

El Asilo Ayala

Al sur de la plaza Porfirio Díaz, se construyó el asilo para dementes Ayala, siguiendo la misma fórmula social, de organizarse en comités, aunque en esta ocasión recayó en el creado con anterioridad para la construcción del hospital O’Horan, convertido en comité de beneficencia. Comparten también las bases del mismo diseño

arquitectónico, proyectado por Salvador Echegaray, bajo los criterios y programa científico del Dr. Luis Urcelay.

El edificio principal de frente a la avenida de la Paz, de dos plantas, en estilo ecléctico, decorado con motivos neoclásicos, repite la sobriedad del hospital, teniendo como elemento decorativo principal, los vanos de ventana regularmente distribuidos alrededor de todo el edificio, en la planta baja, su pórtico está enmarcado por pilastras rectangulares adosadas en la fachada, la planta alta reitera simétricamente el esquema, sustituyendo la puerta por un ventanal con balcón, motivo que aplica en las dos ventanas contiguas, cuatro columnas a media caña dóricas, le dan continuidad vertical al conjunto.

El resto de los pabellones a excepción de los talleres, lavandería y depósito de agua, son de una sola planta, decorados con una cornisa que los rodea, y vanos simétricos, algunos como el pabellón de agitados con pequeños pórticos con columnas jónicas.

A pesar del parecido, el asilo presenta algunas diferencias importantes con respecto a su antecesor, su trazo es completamente simétrico, se encuentra dividido a la mitad, por un corredor cercado en el que se ubican los edificios de servicios, este eje central es una mejora práctica, con respecto al hospital O'Horan, que al mismo tiempo que acerca los servicios permite el tránsito del personal sin interactuar con los internos.

“Toda la parte del Asilo que acaba de describirse, forma una serie continua de Oriente a Occidente y divide al establecimiento en dos grandes secciones destinadas a hombres y mujeres, que se encuentran separados por completo por aquellas construcciones y por doble verja de hierro con zócalo de mampostería; es muy digna de elogio la disposición dada así a los servicios generales del Asilo, por el Arquitecto Sr. Echegaray, colocándolos en el eje central de la fundación, acertada idea, a no dudarlo, que facilita considerablemente el funcionamiento de los diversos servicios generales.”
(Novelo, *op. cit.* 459)

Esta distribución contribuía también a la separación entre hombres y mujeres, tan importante para la época, por su cercana relación con el cuidado de la moral.

Los asilos mentales, como instituciones creadas para contener la locura, fueron cobrando importancia y transformándose a lo largo del siglo XIX, la insania mental, era una disonancia grave para el mundo del orden y progreso. Al principio no se sabía muy bien como clasificarla, finalmente fue considerada enfermedad, y bajo ese esquema, tal como refiere el Dr. Urzaiz en el discurso inaugural, se construyó el edificio. Sin

embargo, producto de su época, comparte con sus contemporáneos, un discurso diferente al médico a su interior. A diferencia de sus vecinos en el hospital, los internos del asilo Ayala fueron clasificados según la forma en la que debía manejárseles: furiosos, tranquilos, etc.

“El departamento para hombres es exactamente igual al de mujeres; cada uno de ellos consta: primero de un Pabellón de observación; segundo, de un extenso Pabellón para tranquilos, con capacidad para treinta y dos enfermos; [...] sexto, de un Pabellón para sucios; séptimo, de otro para agitados; octavo, de otro para furiosos y noveno, de uno que servirá a modo de pequeño Hospital...”
(*Informe*, 1907, 24)

Lo que evidencia la distancia entre pensar a la locura como enfermedad y mirar a los sujetos concretos como enfermos, en este sentido llama la atención el pabellón de furiosos compuesto por pequeñas celdas individuales, con puertas de madera que parecen condenar a sus ocupantes a la oscuridad y el aislamiento, un trato más cercano al modelo anterior, cuando solo se trataba de separar. El asilo Ayala, como todos los de su tipo, en tanto “espacio de reclusión, terapéutico y de producción del saber, [...] estuvo estrechamente ligado al nacimiento de la psiquiatría como disciplina científica.”
(Campos, Huertas, 2008, 471)

El que la clasificación no refiera a las patologías sino al comportamiento, no significa que al interior del asilo no reinara una estricta separación entre distintos enfermos y las diferentes funciones del mismo, como podemos observar en la cita anterior.

El asilo Ayala cuenta con espacios de esparcimiento, de trabajo y de educación

... se halla un extenso terreno en forma de plazoleta cuadrangular, destinado a que los asilados puedan distraerse en él, dedicándose a los sports higiénicos que les sean permitidos. (...) Este terreno conduce por una calle de 15 metros y siempre al Occidente, a un grupo importante de edificios, de los cuales, el central, contiene las máquinas y sostienen el gran depósito que surte de agua al establecimiento, con una capacidad de doscientos mil litros, y los laterales afectados: el del Norte para talleres, en los cuales, los asilados válidos podrán ocuparse en varios trabajos manuales, y el del Sur para lavandería, desinfección y taller de reparar que ocupará a las asiladas validas.” (...) Hacia atrás del Asilo, se encuentra la Colonia Agrícola, en donde los aislados hallaran saludable y

fructuosa distracción en el cultivo de hortaliza; se encuentra allí el matadero y depósito de cadáveres.” (*Albúm*, 23)

Lo cual nos habla de la naturaleza nosocomial de la institución, acorde con el discurso médico de la época, no basta con la contención o el ocultamiento, por lo menos a nivel discursivo. El asilo debe ofrecer tratamientos y alternativas que permitan la recuperación del enfermo y su reinserción en la sociedad.

“Se puede considerar que el manicomio se convirtió en un espacio de normalización integradora para los sujetos que se adaptaran e interiorizaran la norma moral y social que se les imponía, y en un lugar de encierro permanente para los refractarios a dicho tratamiento” (Campos, *op. cit.*, 475)

Además de su significado médico y social, el Asilo Ayala al igual que el Hospital O’Horan, se inserta en el discurso de actualidad cosmopolitismo de la élite yucateca. El que se trate de instituciones para “los desválidos”, muestra la consonancia de dicho grupo, con los valores burgueses de la época. En ese sentido el asilo es otro elemento de la Mérida moderna.

La penitenciaría Juárez

A partir del triunfo de la Ilustración la idea sobre la cárcel fue cambiando paulatinamente, junto con los marcos jurídicos y penales hasta centrarse casi exclusivamente en la privación de la libertad. Esta forma de castigo correspondió a la llegada del liberalismo ya que “Si las constituciones liberales han proclamado que la libertad es un valor supremo, la privación de la misma será el más importante de los castigos.” (Oliver, 2000, 14) Esta idea fue evolucionando hacia el “correcionalismo penitenciario” basado en la idea de que el objetivo de la pena impuesta al criminal, no era sólo punitiva sino un medio para ofrecerle “los medios de obtener, por el trabajo, la completa regeneración...” (Molina, 1902, 12)

Prácticamente todos los reformadores insistían en la importancia de construir nuevas instalaciones que contribuyeran a hacer posibles los cambios en el sistema que no podían realizarse en las anteriores construcciones, pues resultaban sumamente inadecuadas. En Mérida se había iniciado la edificación de una nueva cárcel en 1887 y en 1895 se trasladó a los presos a las nuevas instalaciones de la Penitenciaría “Juárez”. Sin embargo se consideraba inconclusa por lo que el congreso local “a fin de que en la Penitenciaría se organice en breve tiempo un sistema penal de corrección que esté conforme con los adelantos adquiridos en ese ramo”, (*Decreto*, 1902, 22) facultó al ejecutivo para invertir cincuenta mil pesos, para la organización de un sistema penal

adecuado a “cultura y demás condiciones sociales del Estado.” El dinero estaba destinado básicamente a la adecuación del edificio que debía contar en sus instalaciones con “escuelas, talleres, celdas de incomunicación absoluta y parcial, biblioteca, jardines, recreo [...] y los medios necesarios para que adquirieran (los penados) hábitos de trabajo que los conduzcan a adquirir su completa rehabilitación.” (*Ibid*)

Se trata de una imagen de prisión omnipresente y con capacidad casi absoluta de reacondicionar la conducta. “la prisión debe ser un aparato disciplinario exhaustivo. En varios sentidos: debe ocuparse de todos los aspectos del individuo, [...] la prisión no se interrumpe, excepto una vez acabada totalmente su tarea.” (Foucault, 1936, 238)

En la penitenciaría Juárez los ingenieros responsables de la construcción, habían ido cambiando conforme a los vaivenes políticos, David Casares, Rafael Quintero y finalmente Salvador Echegaray. Sin embargo desde el principio se adoptó el modelo panóptico, utilizado prácticamente en todas las prisiones que se construían por entonces. Se consideraba el más adecuado porque permitía seguir el sistema celular de aislamiento nocturno y trabajo común durante el día aunque en silencio, conocido como sistema Auburn. Tanto en La Revista de Mérida como en El Eco del Comercio, durante las últimas décadas del siglo XIX habían salido publicaciones que explicaban las ventajas de este sistema, frente al llamado Pensilvania o celular absoluto, que se basaba en un aislamiento permanente, interrumpido solo para actividades específicas previamente planeadas.

El edificio se compone de una fachada de dos pisos rematada con almenas y torres laterales, la parte central del edificio consta de dos plantas rematada con una torre mas elevada de 17 metros, y ventanas distribuidas regularmente, este motivo se repite a lo largo de todo el frente. En segundo plano podemos ver las dos galerías paralelas a la fachada, que fueron las primeras en construirse. Acorde a los parámetros de la época los encargados de levantar el edificio integraron los diferentes componentes del sistema, por lo que además de oficinas para los jueces, contaba con los adelantos científicos de la época como antropometría, alumbrado eléctrico y “drenaje higiénico”. En suma se trataba de un edificio moderno y funcional que contribuiría a que “la vindicta pública ya no se limitara privar de su libertad al sentenciado, sino que cuidadosa y diligentemente le inculca(ra) hábitos para su conversión...”(*Albúm*, 1907, 27)

La modernidad opulenta: el Paseo Montejo.

El Paseo Montejo fue una de las modificaciones urbanas más importantes de principios del siglo XX y la culminación de los proyectos sobre la ciudad del siglo XIX. Inauguró una vía, que hoy puede considerarse la avenida más emblemática de la ciudad de Mérida, manteniendo su valor como referente de estatus social, por más de un siglo, marcó el rumbo hacia el cual se moverían las clases alta y media alta urbanas. Para sus contemporáneos rompió definitivamente con la traza colonial de la ciudad, no sólo porque su derrotero no respetó la cuadrícula de la ciudad tradicional, sino también porque, por primera vez, las élites abandonaron el casco tradicional como lugar exclusivo de residencia.

Con el nuevo paseo se dota a la ciudad e un eje longitudinal de crecimiento al Norte. A lo largo del cual se comienzan agrupar en sus costados un importante número de colonias como la Inalámbrica, San Cosme, hoy García Ginerés, al Poniente y Chuminopolis al Oriente, conformados por sectores altos y medios respectivamente. El nuevo esquema de desarrollo excéntrico de este nuevo desarrollo urbano que se crea al Norte tiende a segregarse al ir recibiendo cada vez más clases y estamentos con mayores recursos que optan por salir del centro, creando su propia infraestructura y servicios a lo largo de avenidas como Reforma, Colón y más adelante Pérez Ponce que incluso llega a unir Itzimmá a este crecimiento. (Peraza, 1997, 223)

Se trata de una tendencia internacional que los estudiosos de la arquitectura regional como Enrique Urzais atribuyen al desarrollo de las características que manifiestan la influencia del positivismo como filosofía dominante.

Es importante considerar, que si bien la influencia del “orden y progreso” positivista y liberal, modificó radicalmente la forma de pensar la ciudad, las modificaciones urbanas, sobre todo en Latinoamérica, en muchos sentidos expresan la síntesis de un largo proceso de modernización con una fuerte influencia ilustrada, si bien introduce nuevos matices. Dentro de este proceso el papel de las masas, resulta siempre complicado, es cierto que se insiste en el uso y disfrute público de estos nuevos espacios, pero también que esto no necesariamente incluye a las masas, sobre todo aquellas identificadas con los grupos populares y en el caso de México y Yucatán con los indígenas. En última instancia esta necesidad de separar y clasificar vuelve la relación más compleja.

En modo alguno estas nuevas sociabilidades que se buscan construir a través de los nuevos espacios, están dispuestas permitir la coexistencia de los círculos

concéntricos de distintos grupos sociales y étnicos, característicos de las plazas centrales en general. Si estas permitían y aún buscaban la diferenciación de las castas utilizando el mismo espacio, el liberalismo pretende la homogeneidad del ciudadano, en esta dinámica los “otros”, sobre todo si son propios, no tienen lugar.

A pesar de que el paseo Montejo, como cualquier otro elemento urbano importante, no estuvo aislado de las pugnas al interior de la oligarquía yucateca, su construcción, más que evidenciar las diferencias hace hincapié en lo homogéneo del pensamiento de ambos grupos, en lo relativo a las ideas del higienismo y embellecimiento de la ciudad.

Ayer 5 de febrero de 1888 [...] tuvo lugar la solemne inauguración oficial de los trabajos para la creación de un paseo en esta Capital. La realización de tal avenida, bajo el plan vasto y adecuado conforme al cual va a ser llevado a cabo, es una mejora de positiva importancia reclamada ya por el grado de cultura y el noble desarrollo en que feliz y afortunadamente se ha encarrilado nuestro Estado. (*La Revista de Merida*, 6/2/1968, 1)

La construcción del paseo estuvo prácticamente detenida por varios años debido a la falta de apoyo oficial, probablemente a consecuencia de la crisis agrícola que enfrentó la península en esos años. El proyecto cobró fuerza en 1898 con la llegada de Francisco Cantón a la gubernatura, quien puntualmente informó año tras año de los avances en su construcción; el arribo de Olegario Molina, líder del grupo contrario a Cantón, al ejecutivo estatal, no modificó esta situación, el nuevo gobernador continuó la construcción del paseo hasta terminar la obra en 1904 .

Si bien ambos grupos coincidían en el discurso modernizador respecto a la ciudad y el progreso, uno representaba la tradición regionalista, ligado a nivel productivo al monocultivo y peonaje, y el otro con una dinámica interna más cercana al capitalismo y con mayor apertura hacia el centro del país. A pesar de sus enfrentamientos locales, ambos se encontraban integrados a la dinámica porfirista y su ascenso al poder dependió de la voluntad e intereses de Díaz.

En sus inicios el proyecto de un nuevo paseo para la ciudad fue presentado como una iniciativa de un grupo de ciudadanos. El dos de enero de 1888, en las instalaciones del Instituto Literario, se realizó una reunión que tenía como objetivo “promover la construcción de un Paseo público, mejora importante reclamada con urgencia por la cultura y ensanche de esta ciudad.” (Novelo, 1907, 129)

Esta forma de reunirse en clubes, principalmente literarios, a partir de los cuales se impulsaban ideas y estrategias para alcanzar la tan deseada modernidad, fue también una forma de domesticar, mediante la exclusión y segmentación un espacio urbano, “...las burguesías podían alimentar sus ilusiones encerrándose en los ambientes sofisticados de un club hermético [...] Allí se anticipaban los pasos que trasarían a “la gran aldea” en una moderna metrópoli.” (Rómero, 2005, 249) Una Mérida, a medio camino entre la aldea y la urbe, que con sus mezclas étnicas, estilísticas, etcétera, no necesariamente respondía a las necesidades de estas élites, deseosas de aburguesarse, pero culturalmente cercanas a aquello que querían dejar atrás.

Al parecer el proyecto despertó entusiasmo entre los participantes, el 5 de enero del mismo año, la Junta aprobaba que se adoptara para “la construcción del Paseo la calle paralela á la plaza de Santa Ana que corre de Sur á Norte hasta la casa-quinta del señor Don Eusebio Escalante, situada en el confín Norte de esta ciudad.” (Novelo, *op. cit.* 130)

El día 15, se decidió que la anchura total del paseo fuera de ochenta varas y se nombró a los ingenieros Quintero y Espinosa “para que procedan sobre el terreno á hacer un estudio del centro de las manzanas por donde ha de abrirse el paseo”, (*Ibid*) también debían sondear la compra de los terrenos necesarios. El 22 de enero se aprobó el plano del paseo que fue remitido al ayuntamiento.

“Enseguida se acordó fijar definitivamente la anchura del Paseo en Cincuenta y cinco varas, distribuidas de la manera siguiente: una calzada central de veinte varas, para carruajes y ginetes; dos banquetas laterales de á 5 y media varas, para peatones; dos calles de á doce varas paralelas á las banquetas, para el tránsito público.” (*Idem.* 133)

La elección del lugar y la ruta del paseo no estuvieron libres de sospechas respecto a la especulación inmobiliaria y a que alguno de los impulsores del proyecto obtendría beneficios personales con su realización. Estos temas no tuvieron gran repercusión en la prensa de la época, que se concentró en los aspectos relacionados con los beneficios de higiene y ornato que el nuevo paseo daría a la ciudad, pues su diseño se apegaba a los cánones de circulación e higienismo vigentes.

El lugar que se ha elegido es sin duda el más conveniente por los aires que reinan y por el aspecto agradable y atractivo que hacia aquel rumbo tienen las afueras de la Ciudad. Si en todas partes los paseos públicos son uno de los mejores adornos de las ciudades cultas, a mayor título lo son en los climas como

el nuestro, en que los aires libres y puros son una verdadera exigencia de la higiene pública. (*La Revista de Mérida*, 6/02/1888, 1)

El consenso general se articuló en función de que el paseo representaba el rompimiento definitivo con el antiguo régimen y una prueba de la transformación de Mérida en una ciudad moderna y cosmopolita. Es decir ordenada, comunicada, con espacios diferenciados y específicos para las personas y actividades.

Después de sortear algunas dificultades en su construcción, como la dureza del suelo y la temporada de lluvias, el Paseo Montejo fue inaugurado en 1906 siendo el Lic. Olegario Molina gobernador, con una inversión total, incluyendo la compra de los terrenos, de \$ 241,892.81. El resultado final fue muy apegado al proyecto original.

“El Paseo Montejo tiene 1198 metros de largo, y consta de una avenida principal de 23 metros de ancho, de 2 avenidas laterales de 7:50 metros, y de 2 avenidas de 2 ½ metros, que quedan entre la línea externa de árboles y las cercas de los predios de los lados. Anchura total 43 metros.” (Novelo, *op. cit.*, 142)

Algunos elementos del paseo nos parecen reveladores de los cambios de pensamiento decimonónicos. A diferencia de lo ocurrido con los paseos ilustrados, este no es un circuito cerrado por el que la gente deambule una y otra vez. Tiene la lógica de un camino que lleva de un lado a otro, los usos no son excluyentes, pero la disposición privilegia a este último, si bien se pretende que el recorrido peatonal sea confortable gracias a la sombra que proporcionan los arboles. Merced a la distribución y ordenamiento de los senderos, las transeúntes están claramente clasificados y separados, caminantes, vehículos privados y transporte público. Ninguno tendría porque invadir el ámbito de los otros; esta separación resulta mucho más cercana a la lógica de la ciudad del automotor y sus flujos constantes.

Al parecer la idea tuvo éxito porque no hemos encontrado en la prensa de época referencia a que la gente soliera ir “pasear” a ese espacio, como ocurría anteriormente con el llamado “paseo de las bonitas”. El entorno también era diferente, a este último lo flanqueaban comercios, mientras que para el otro se estaban proyectando casas particulares. En este sentido no deja de ser interesante que en la actualidad, siguiendo las tendencias internacionales, los fines de semana se cierre al tráfico automotriz, para convertirlo en un paseo ciclista.

La reiteración del discurso historiográfico yucateco sobre la inspiración completamente europea del Paseo Montejo, puede ser considerado una prueba de su

fortaleza y vigencia en la construcción de la identidad yucateca así como de la importancia del cosmopolitismo para la construcción simbólica de la ciudad.

El primer punto a considerar es el nombre, no tenemos detalles sobre de quien fue la iniciativa, ni si hubo otras propuestas. En el acta de la Junta directiva para la promoción del paseo, correspondiente al 26 de enero de 1888, solamente se consigna lo siguiente: “Después se discutió y aprobó por unanimidad el nombre que debía asignarse al Paseo, acordándose denominarlo «Del Adelantado Montejo.»” Posteriormente en el acta del evento donde se colocó la primera piedra de la obra, el 5 de febrero del mismo año, se señala “El paseo lleva el nombre «Del Adelantado Montejo» en memoria del capitán español que llevó á cabo la conquista de Yucatán.”

Esta decisión a contramano con el discurso nacionalista mexicano, es completamente congruente con el relato histórico yucateco, construido por la élite, que tiene en la conquista su acto fundacional, ser descendientes de los conquistadores constituye parte fundamental de la identidad y legitimidad de los hacendados y comerciantes henequeneros, quienes a pesar de sus diferencias, Dentro de esta lógica discursiva, nombrar Paseo del Adelantado, al nuevo espacio, símbolo del progreso y la prosperidad yucateca, sintetiza los argumentos que legitiman su dominio sobre los otros grupos que habitan el estado.

El primer monumento en adornar el nuevo paseo fue el dedicado a Justo Sierra O'Reilly, la elección de este personaje para el Paseo resulta muy interesante. Padre de Justo Sierra Méndez, ministro de instrucción pública en el gabinete porfirista, quien fue invitado a develar la estatua. Justo Sierra O'Reilly tuvo un destacado papel en los movimientos separatistas yucatecos, enviado a Estado Unidos. Su estatua, cuando el gobierno federal creaba el territorio de Quintana Roó, puede leerse como una doble apropiación del espacio. Por una parte hacia el interior, afirma la pertenencia del mismo a la élite blanca, y por la otra muestra el espíritu regionalista yucateco a los visitantes.

Durante la primera mitad del siglo XX, para la gran mayoría de los viajeros desembarcados en el puerto de Progreso, la estatua marcaría la entrada a la ciudad, incluyendo a Porfirio Díaz, para quien se construyó una estación de ferrocarril provisional junto al monumento. “Uno de los muchos detalles que Don Olegario Molina cuidó para hacer más trascendental la visita del Primer Mandatario, pues llevó el ferrocarril y por consiguiente al General Díaz hasta el final de nuestra principal avenida.” (Tello, 1980, 41) La estación fue construida en el estilo de columnas delgadas y dinteles decorados, que el uso del hierro fundido había puesto en boga. La

ubicación en la que se coloca esta terminal provisional es significativa, a través de ella se hacen confluír el ferrocarril y el paseo, dos símbolos del progreso, se trata de una representación de la nueva Mérida, productiva, moderna y cosmopolita.

La preeminencia del discurso regionalista en la élite yucateca, incluido el grupo molinista, parece muy clara. Hemos dicho anteriormente que se trata de una construcción llevada a cabo por la élites, sin embargo es necesario no perder de vista que la construcción de imágenes, no nace siempre articulada, ni coherente, es cierto que se nutre, por una parte de formas de pensamiento organizadas como el liberalismo, pero por otra, integra una serie de supuestos culturales no necesariamente reflexionados. Al margen de sus intereses políticos y comerciales, dado su ambiente cultural, su sistema de valores, ¿podía Olegario Molina no ser regionalista? Es preciso no perder de vista que los grupos que impulsan la construcción de un imaginario colectivo, se encuentran inmersos en los códigos y prácticas culturales de su época.

Como ocurre con otros paseos construidos a lo largo del siglo XIX y vigentes hasta hoy, en el paseo Montejo, lo privado, colectivo o individual, contribuye y prácticamente termina por dar forma al espacio público. Hemos explicado anteriormente el papel que tuvieron el trazo y las estatuas del boulevard. Toca el turno a las construcciones que lo flanquean, propiedad privada en su gran mayoría, incluso en la actualidad constituyen el elemento fundamental en el peso del paseo Montejo como espacio simbólico de Mérida.

La ocupación habitacional del Paseo Montejo inició desde el momento de su construcción y perduró hasta la década de los setentas aproximadamente, en los años siguientes las edificaciones vinculadas a empresas y entidades financieras fueron desplazando a las residencias. El primer período enmarca un proceso de movimiento constante de las clases altas hacia las inmediaciones del paseo, convirtiéndolo en un catálogo arquitectónico de estilos y modas constructivas. Vamos a ocuparnos aquí brevemente del primer momento, para ello he elegido cuatro casas de principios del siglo XX, las abordaré en el orden de su ubicación a lo largo del paseo: las casas Cámara, el palacio de Cantón y la Villa Beatriz. Es pertinente acotar que a pesar de lo interesante que resulta la nueva distribución espacial al interior, para los objetivos de este trabajo nos centraremos en las características exteriores.

Los elementos que hicieron posible el desplazamiento y la transformación de los estilos arquitectónicos en las residencias de la élite yucateca son diversos, desde luego el motor que lo hizo posible fue la bonanza provocada por el desarrollo económico

propio del porfiriato a nivel nacional y la derrama monetaria que significó la industria del henequén para Yucatán. Los factores políticos y culturales, sin embargo no ocupan un lugar inferior. Si bien el dinero los hace posibles, las formas de pensar configuran estos espacios.

La élite yucateca deseosa de mostrar su cosmopolitismo y modernidad, dio muy buena acogida al estilo ecléctico de la época sumándose a la europeización que experimentaba todo el país y el mundo occidental en general. Este grupo representado principalmente por los hacendados henequeneros y los políticos y comerciantes ligados a ellos, trae a Yucatán las modas y la cultura de vanguardia del mundo desarrollado para su uso y goce exclusivos, llegando incluso al extremo de importar a los propios profesionales, artistas y técnicos para les sirvieran personalmente. Dentro del grupo de hacendados henequeneros, prácticamente todos aquellos que lograron allegarse los recursos suficientes modificaron su vivienda de acuerdo a esta nueva tendencia. Algunos reedificaron sus viviendas, otros transformaron sus fachadas y adecuaron el interior y algunos más prefirieron construir nuevas casas en los desarrollos urbanos que para ese propósito surgían.

Las casas Cámara, dos casas prácticamente iguales con las que inicia el paseo Montejo, fueron construidas para los hermanos Ernesto y Camilo Cámara Zavala, a partir de un diseño del arquitecto M. Umbbdestock. Como prácticamente todas las de su época, siguen el estilo ecléctico con marcada influencia francesa. Compuesta de dos niveles en una planta casi cuadrada, con balcones en sus cuatro lados, cuentan con múltiples elementos decorativos como, columnas figuradas de orden jónico, en la parte superior las remata una balaustrada que las circunda y que sostiene a su vez jarrones con flores. La planta alta es prácticamente igual en ambas a excepción de los tipos de ventanas, alternan vanos con motivos decorativos que mantienen el ritmo y el equilibrio de los elementos. La primera casa esta rematada con una mansarda y en la planta baja presenta una serie continua de balcones con balaustrada y herrería, repitiendo las ventanas francesas de la parte superior; la segunda culmina con una lucarna y en la primera planta repite los elementos superiores, con la misma secuencia.

El palacio de Cantón, la casa propiedad de Francisco Cantón fue diseñada por Enrico Deserti, en su construcción se emplearon mármoles de importación y fue la primera residencia en contar con un ascensor. Rematada con una mansarda, en su decoración podemos apreciar varios de los elementos utilizados en la época como el frontón partido, columnas adosadas y solas de orden corintio y dórico, aleros, motivos

vegetales, conchas. Presenta composiciones diferentes pero simétricas para los dos niveles, lo que equilibra el conjunto, la planta principal en el primer nivel continua para formar una especie de solárium, lo que crea una terraza para el segundo.

Villa Beatriz, propiedad del señor Alfredo Medina, se trata de una casa modelo Chalet de una sola planta, rematada con balaustrada, cuenta con un portal elevado decorado con frontón y columnas dóricas, se accede a él por una escalinata, de este pórtico hacia la izquierda sale un amplio corredor rodeado de columnas, que se prolonga todo el fondo de la casa; en la esquina frontal derecha una torre rematada con cúpula y lucernas da acceso a la azotea, los vanos funcionan también como elementos decorativos distribuidos de manera que mantienen el equilibrio y proporciones de la casa.

Con variantes, según el caso particular, este sería el tipo de residencia más representativo del Paseo Montejo. Así como de otros lugares de la república con elites dotadas de la capacidad económica suficiente para desplazarse dentro de la ciudad. En términos generales estas construcciones introducen elementos arquitectónicos, algunos, como, las ventanas acristaladas de tipo francés, fueron adoptados de forma permanente, otros como la mansarda y el entrepiso, no tuvieron tanto éxito, quizás porque no se adaptaban al clima de la región.

Opuesto a lo anterior resulta lo ocurrido con el jardín perimetral, no es descabellado suponer que para estos hombres y sus familias, ligados a la agricultura, poseer un jardín era parte del lujo y la búsqueda de modernidad, como los mármoles y columnas de sus casas. Sin embargo el jardín y la escalinata introducen una nueva forma de relacionarse con el exterior. Frente a la ventana inmediata, alineada a la acera que permite interacción entre el transeúnte y el interior de la casa, aun cuando sea furtiva, que no siempre lo fue, a través de estas ventanas coloniales de piso a techo se interactuaba socialmente, en la medida que la línea entre lo público y lo privado era aún borrosa. El jardín y la escalinata, [esta última por la elevación de la planta y por ende de las ventanas] apartan. La casa y la calle no pueden más encontrarse de manera fortuita, media una distancia entre ambos, cualquier aproximación implica un acto voluntario. Esta nueva casa que a diferencia del modelo anterior parece abrirse al exterior, en realidad se sustrae de la calzada, modificando la forma en la que se habita y percibe la ciudad, separando al transeúnte del habitante.

Con base en lo anterior, aquellas casas del paseo Montejo que por sus dimensiones, no pudieron contar con un extenso jardín, como las Casas Cámara o el

palacio de Cantón, optaron por “girar” la casa, colocando la entrada principal en las calles aledañas.

Una comparación entre estos dos modelos de palacetes nos permite introducir un matiz respecto a su significado. Si bien, ambos están enviando los mensajes de riqueza, progreso y modernidad comunes a la élite yucateca, de principios del siglo XX. Las casas Cámara a pesar de lo constreñido del espacio en el que se edificaron, mantienen una imagen íntima, sin imponerse al paisaje. El palacio de Cantón en cambio, tiene un estilo monumental, sólido, rotundo, visualmente invasivo del entorno, más propio de los edificios públicos, que de las casas privadas. Si a esto le sumamos el lujo con el que fue decorada, podemos colegir que Francisco Cantón estaba mandando un mensaje de fuerza y presencia a través del edificio.

Mérida por su parte impulsada por la bonanza del “oro verde”, creció y se consolidó como la capital regional en ella la élite henequenera al margen de sus conflictos internos compartió y la misma visión sobre la ciudad, con su intervención el espacio público meridano cambió definitivamente, con nuevas vialidades como el paseo Montejo que movilizaron a las élites fuera del trazo tradicional, la adopción de los valores burgueses al organizarse en juntas de beneficencia para auxiliar a los más desprotegidos. Las nuevas obras realizadas siguiendo los modelos urbanísticos en boga, cumplían su doble cometido de mostrar lo moderna y avanzada de la ciudad y separar y clasificar a aquellos que no podían estar con el resto de la sociedad como los dementes, los enfermos y los criminales. La visita de Porfirio Díaz constituye sin lugar a dudas un espacio privilegiado para este análisis ya que representa el momento culminante en el poder del grupo molinista pero también de la importancia de Yucatán para el país.

Bibliografía

- Álbum de la visita presidencial*, imp. Gamboa, 1906.
- Bonastra, Quim *Los orígenes del Kaareto Pabellonario; La Arquitectura Cuarentenaria en el Cambio del Setecientos al Ochocientos*, Piqueta, Madrid, 2008.
- Brandariz A. Gustavo, *Influjo del Pensamiento científico en la arquitectura para la salud*, Argentina, 1880-1930, Buenos Aires, 2005.
- Campos, Huerta, *Lugares*, en ARBOR, núm. 731, México, 2008.
- Discurso pronunciado por Olegario Molina*, imp. Gamboa, Mérida, 1902.
- Foucault Michel, *Ojo*, La piqueta, Barcelona, 1980.
- Foucault Michel, *Vigilar y Castigar*, s. XXI, 1976.
- Informe del Estado General del Hospital O´Horan y Asilo Ayala*, 1907.
- La Revista de Mérida*, imp. Gamboa, 1906, 1908.
- Oliver, Carlos, *Origen del modelo pabellonario*, Alianza, Madrid, 2000.
- Peraza Marco, *El origen reparador*, UADY, Mérida, 1997.
- Recuerdo de las Fiestas Presidenciales*, imp. Cabrera, 1906.
- Romero, José, *Latinoamerica las ciudades y las ideas*, s. XXI, Buenos Aires, 2005.
- Tello, Eduardo, *Monografía del Paseo Montejo*, H. Ayuntamiento de Mérida, Mérida, 1980.
- Yucatán 1902-1906*, imp. Gamboa, Mérida, 1907.